

ROSANNA LEY

*La*  
*Villa*

Título original: *The Villa*

Primera edición: 2014

© Rosanna Ley, 2012

© de la traducción: Ana Hidalgo Jiménez, 2014

© de esta edición: Bóveda, 2014

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

[www.editorialboveda.com](http://www.editorialboveda.com)

ISBN: 978-84-15497-35-6

Depósito legal: SE-556-2014

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

## ÍNDICE

CAPÍTULO 1.....	13
CAPÍTULO 2.....	17
CAPÍTULO 3.....	25
CAPÍTULO 4.....	41
CAPÍTULO 5.....	49
CAPÍTULO 6.....	57
CAPÍTULO 7.....	63
CAPÍTULO 8.....	75
CAPÍTULO 9.....	89
CAPÍTULO 10.....	97
CAPÍTULO 11.....	105
CAPÍTULO 12.....	113
CAPÍTULO 13.....	119
CAPÍTULO 14.....	127
CAPÍTULO 15.....	131
CAPÍTULO 16.....	145
CAPÍTULO 17.....	151
CAPÍTULO 18.....	165
CAPÍTULO 19.....	169
CAPÍTULO 20.....	173
CAPÍTULO 21.....	181
CAPÍTULO 22.....	195
CAPÍTULO 23.....	203

CAPÍTULO 24.....	211
CAPÍTULO 25.....	219
CAPÍTULO 26.....	229
CAPÍTULO 27.....	243
CAPÍTULO 28.....	249
CAPÍTULO 29.....	257
CAPÍTULO 30.....	263
CAPÍTULO 31.....	273
CAPÍTULO 32.....	281
CAPÍTULO 33.....	287
CAPÍTULO 34.....	293
CAPÍTULO 35.....	307
CAPÍTULO 36.....	323
CAPÍTULO 37.....	329
CAPÍTULO 38.....	343
CAPÍTULO 39.....	351
CAPÍTULO 40.....	355
CAPÍTULO 41.....	365
CAPÍTULO 42.....	373
CAPÍTULO 43.....	383
CAPÍTULO 44.....	391
CAPÍTULO 45.....	399
CAPÍTULO 46.....	407
CAPÍTULO 47.....	411
CAPÍTULO 48.....	415
CAPÍTULO 49.....	421
CAPÍTULO 50.....	431
CAPÍTULO 51.....	439
CAPÍTULO 52.....	447
CAPÍTULO 53.....	457
CAPÍTULO 54.....	461
CAPÍTULO 55.....	473

CAPÍTULO 56.....	479
CAPÍTULO 57.....	483
CAPÍTULO 58.....	489
CAPÍTULO 59.....	493
CAPÍTULO 60.....	497
CAPÍTULO 61.....	511
CAPÍTULO 62.....	515
CAPÍTULO 63.....	523
CAPÍTULO 64.....	527
CAPÍTULO 65.....	533
CAPÍTULO 66.....	537
CAPÍTULO 67.....	545
CAPÍTULO 68.....	549
CAPÍTULO 69.....	557
CAPÍTULO 70.....	563
CAPÍTULO 71.....	577
CAPÍTULO 72.....	589
CAPÍTULO 73.....	591
AGRADECIMIENTOS.....	597



*A Caroline, con amor*





## CAPÍTULO 1

**T**ESS NO ABRIÓ LA CARTA HASTA MÁS TARDE, CUANDO ESTUVO sentada en la playa.

Aquella mañana tenía prisa por llegar al trabajo y apenas echó un vistazo al sobre cuando lo recogió del felpudo antes de dar un beso a su hija Ginny para decirle adiós.

Ahora, Tess sacó la carta de su bolso. Leyó su nombre, *Srta. Teresa Angel*, y su dirección mecanografiados en negrita con letra firme. Franqueada y matasellada en Londres.

Ginny, un torbellino de piernas largas, vaqueros, blusa roja y pelo y ojos oscuros, se había marchado al instituto mientras que Tess había salido hacia la compañía de aguas, donde trabajaba en atención al cliente. Un eufemismo de *Quejas* porque, en realidad, ¿quién necesitaba información sobre el agua? («Abra el grifo y saldrá el agua»; «Beba mejor agua embotellada»).

Era su descanso para el almuerzo y había ido, como a menudo hacía, a Pride Bay, a cinco minutos en coche, para comerse sus emparedados junto al mar. Era un día de principios de primavera, hacía aire y ella también estaba emparedada entre una hilera de casetas de playa pintadas de color pastel y el

montón de pequeños guijarros anaranjados de Chesil Beach, al oeste de Dorset. Aquel lugar era para Tess como un refugio donde aún podía simplemente ver las olas. No tenía que estar de vuelta en la oficina hasta las dos y media. Estiró las piernas. Horario flexible. Qué maravilloso invento.

Tess deslizó su dedo pulgar por debajo del precinto del sobre y lo rasgó, sacando una sola hoja de papel blanco. Era tan gruesa y suave que casi le dio la sensación de que podía comérsela.

«Estimada Srta. Angel», leyó. «Nos dirigimos a usted para informarle...». Ojeó el texto... «... del triste fallecimiento de Edward Westerman». ¿Edward Westerman? Tess frunció el ceño, como si intentase dar sentido a aquello. ¿Conocía a algún Edward Westerman? Estaba prácticamente segura de que no. ¿Conocía además a alguien que acabase de fallecer? De nuevo, no. ¿Podrían haberse equivocado de Teresa Angel...? Era poco probable. Continuó leyendo. «En relación a la herencia...». ¿Herencia? «Con la condición de que...». La mente de Tess se disparó... «Espera un segundo. ¿*Sicilia*...?».

Tess terminó de leer la carta. Entonces, de inmediato, la volvió a leer. Sintió una especie de nervios revoloteando como alas de mariposa, seguidos de una avalancha de adrenalina pura... No podía ser verdad. ¿Podía...? Se quedó mirando fijamente el mar. Se había levantado el viento y rizó las olas formando olas mayores de color gris aceitunado.

Pensaba que debía de estar soñando. Levantó la carta y la leyó de cabo a rabo una vez más mientras se terminaba el emparedado.

Bien. ¿Qué demonios diría su madre...? Tess hizo un gesto negativo con la cabeza. No servía de nada pensar en ello. Aquello era un error. Tenía que ser un error, sin duda.

Entonces se empezó a nublar y Tess sintió frío a pesar del chal de lana que se había echado encima de la chaqueta de tra-

bajo cuando salió del coche y se dirigió al puerto. Miró su reloj, debería marcharse. Pero, si fuese verdad... Si no fuese una especie de broma, entonces... *Sicilia...*

Tess volvió a meter la carta en el bolso y en su mente comenzó a juntar las piezas del rompecabezas. Su feroz y menuda madre, Flavia, era siciliana, aunque había abandonado su casa y a su familia con poco más de veinte años. Tess sólo deseaba saber por qué. Con bastante frecuencia había intentado enterarse de toda la historia. Pero *Muma* nunca había querido hablar de su vida siciliana. Tess sonrió al ponerse en pie y recoger su bolso. La quería muchísimo, pero Muma era terca y Sicilia estaba fuera del límite establecido.

Tess hizo memoria de los escasos detalles que había conseguido recopilar a lo largo de los años. Una vez le contaron que la familia de su madre había vivido en una pequeña casita de campo, en las tierras de un lugar al que llamaban la *Gran Villa*. Aquello había pertenecido a un inglés, ¿verdad? ¿Podría ser aquel el Edward Westerman que se mencionaba en su carta? Hizo cuentas. Edward Westerman —si era él aquel hombre— había vivido hasta una edad muy avanzada.

¿Pero por qué él...? Se detuvo para vaciarse los zapatos de piedrecitas; no era sencillo sortear Chesil Beach en tacones, a pesar de que Tess estaba acostumbrada a ello. Regresó al puerto, pasando por delante de los llamativos y destartalados quioscos de *fish'n'chips*, algodón dulce y helado, y por delante de los barcos de pesca, con sus redes colgando para secarse; el olor acre y embriagador a pescado eviscerado flotaba en el aire. Pride Bay<sup>1</sup>, a pesar de su nombre, tenía poco de lo que alardear. Pero formaba parte de su infancia y era su hogar. Lo me-

---

<sup>1</sup> *Pride*, en español, «orgullo». (N. de la T.).

jor de todo para Tess era que estaba junto al mar. Y ella llevaba el mar en la sangre, era adicta a él.

Reprodujo mentalmente el contenido de la carta en el camino de vuelta al coche, y tan pronto ocupó el asiento del conductor de su Fiat 500, la sacó, la alisó y echó mano a su teléfono móvil. Sólo había una forma de descubrirlo.

—Soy Teresa Angel —dijo a la mujer que contestó—. Usted me escribió.

Tess condujo de vuelta al trabajo de forma instintiva, con la conversación telefónica aún reciente dándole vueltas en la cabeza. Ese era el tipo de cosas que podían cambiarte la vida, ¿verdad? Pero... Se detuvo. Tenía treinta y nueve años y no estaba segura de que ni siquiera quisiese cambiar. Cambiar podía ser escalofriante. La vida de su hija estaba cambiando muy rápido y eso ya le parecía lo suficientemente difícil de manejar; al fin y al cabo, ¿y si Ginny se iba a la universidad a cientos de millas y después emigraba a Katmandú?

Pero, por otro lado... ¿qué ocurriría si su vida siguiese siendo la misma? ¿Y si su amante, Robin, nunca dejase a su distante y frágil esposa, Helen, tal como le había prometido que haría? ¿Y si ella tuviese que trabajar el resto de su vida atendiendo las quejas en la compañía de aguas? Era inconcebible.

## CAPÍTULO 2

**T**ESS PASÓ POR DELANTE DE JACKAROO SQUARE —ADORNADA con macetas de primaverales geranios rojos y blancos— y del Centro de Art Déco. El centro de la ciudad estaba un poco deteriorado, pero cobraba vida cada sábado con el mercado agrícola y la danza Morris. La ciudad fue uno de los centros de producción de cabos para barcos, pero ahora la mayoría de las viejas fábricas habían sido convertidas en edificios de apartamentos, oficinas y tiendas de antigüedades.

*Sicilia...* Sacudió la cabeza sin dar crédito mientras giraba a la derecha y aparcaba detrás del edificio de la compañía de aguas. Caminó rodeando el inmueble hasta la entrada principal. La persona a la que debería llamar primero era su madre. Humm. Tess sacó su teléfono móvil, seleccionó *Robin*. A su madre debía contárselo cara a cara. Pero tenía que contárselo a alguien.

—Hola...

Tess adoraba la manera tan íntima en la que él le hablaba. Como si estuviese a punto de quitarle cada prenda de ropa una a una. Ella se estremeció.

—¿A que no sabes qué?

—¿Qué?

Él se rio.

—He recibido una carta esta mañana. De un abogado de Londres.

—¿Ah, sí? ¿Buenas noticias o malas noticias?

Tess sonrió. Tenía previsto ver a Robin después del trabajo, ya que los jueves Ginny se quedaba hasta tarde en el instituto. Dos veces a la semana era la media, tres veces estaba bien, cuatro era algo inaudito. Todo el tiempo que pasaban juntos era robado. A veces Tess pensaba que si ella no tuviese horario flexible, ella y Robin nunca podrían verse, nunca tendrían almuerzos tardíos los lunes (para hacer el amor) ni tempranas noches de los jueves (ídem). ¿Qué harían entonces? Pero no se preocuparía por eso ahora.

—Buenas —dijo—. Creo.

—Me gustan las buenas noticias —dijo él, con una sonrisa en la voz—. ¿Qué es?

Ella se lo imaginó haciendo garabatos en la página del día de la agenda, tal vez dibujando la cara de un pez con burbujas. Había empezado a hacerlo cuando ella se inscribió en su primer curso de buceo. Eso le revelaba que él, en realidad, estaba un poco celoso. Cosa que le gustaba bastante.

—Me han dejado una casa en herencia —dijo ella.

Ahora podía decirlo en voz alta. Fue a sentarse sobre el muro junto a los arbustos de hortensias. Había algo en la brisa que le gustaba, una especie de *eh, es primavera*, un toque de atención: *Algo va a cambiar...*

—¿Qué? —dijo él.

—Me han dejado una casa en herencia —volvió a decir ella—. En Sicilia.

Sí, realmente era cierto.

—¿Sicilia? —repitió él.

No podía culparlo por estar sorprendido. Ella aún estaba intentando encajarlo. ¿Por qué Edward Westerman le había dejado a ella su casa en herencia? Ni siquiera lo conocía. ¿Y qué haría ella con una villa en Sicilia? Eso precisamente no encajaba en su estilo de vida. Su vida estaba en Dorset, ¿verdad? Con Ginny. Con Muma y papá, que vivían tan sólo unas calles más allá de su casa adosada de estilo victoriano, en Pridehaven. Y con Robin, al menos cuando era posible.

—Sí —dijo ella—. Una villa en Sicilia.

La Gran Villa... Pero ¿cómo de grande sería...?

—Estás bromeando, Tess.

—No bromeo —contestó ella, asumiendo por fin la verdad—. Sé que es raro. Pero alguien me la ha dejado a mí en su testamento.

—¿Quién demonios...? —preguntó él—. ¿Algún viejo admirador?

Robin era diez años mayor que ella. ¿También era él un viejo admirador? Ginny pensaría que sí. Si lo supiera.

—Un hombre al que nunca he conocido. Edward Westerman.

Su nombre era algo romántico. Ella le explicó a Robin algunos de los antecedentes, al menos lo poco que sabía hasta ese momento.

—Caray, cielo —dijo él.

—Y eso no es todo.

Tess cambió de postura sobre el muro. Pensó renuente-mente en su bandeja de entrada.

—Hay una condición.

El abogado le había contado que era una cláusula de la herencia. La vida siempre tiene trampas. Ten una hija con un hombre en el que confías y él te abandonará y emigrará a Aus-

tralia. Conoce a alguien maravilloso, atractivo y divertido, enamórate de él y estará casado, con otra.

—¿Cuál es?

Robin todavía parecía tan impactado como Tess.

—Tengo que ir allí.

—¿A Sicilia?

—Sí. Tengo que visitar la propiedad. Antes de poder...

Ella vaciló. «Deshacerse de ella», así era como lo había expresado el abogado.

—Venderla —dijo.

En cualquier caso, ¿por cuánto se vendería? ¿Por lo suficiente para terminar de pagar su hipoteca? ¿Por lo suficiente para unas vacaciones o dos? ¿Por lo suficiente para que su vida cambiase...?

Sicilia... Casi parecía que la estaba llamando. Aquello en sí podía no parecer sorprendente, verse atraída hacia un paisaje cálido y soleado, pero a Tess la había educado Muma, cuyos ojos se oscurecían de dolor o de ira, o de ambos, si se le preguntaba por su país natal, por su infancia, por sus padres, por su vida allí. Hasta que, al final, aceptabas la realidad. Estaba prohibido hablar de Sicilia. Sin embargo, el caso era..., ahora que Tess se daba cuenta, era que, verdaderamente, ella nunca había aceptado la realidad. Y un pensamiento, una esperanza, una idea, revoloteaba ya por su mente. Sintió de nuevo la oleada de nerviosismo, ese aleteo de excitación, esa emoción.

—¡Vaya! —dijo Robin.

Tess vio una abeja dirigiéndose resueltamente hacia las primulas amarillas agrupadas frente a los arbustos de hortensias. Se zambulló de cabeza. Comprendía cómo se sentía.

—Lo sé.

Era alucinante. Y después estaba el misterioso trasfondo. La cláusula. Tenía que ir y ver la villa antes de que fuera suya de verdad. Pero... ¿por qué?



—Entonces, ¿te irás a Sicilia?

—Mmm.

No había nada que le impidiera ir —aparte de lo que pudiese decir Muma, por supuesto—. En el trabajo le debían vacaciones y Ginny... Bueno, probablemente Ginny estaría encantada de tener la casa para ella sola durante una semana. Por un momento pensó en la música a todo volumen de Ginny, en los amigos de Ginny invadiendo la casa y en Ginny saliendo cuando le apeteciera y durante todo el tiempo que quisiera —cuando supuestamente tendría que estar estudiando—. Aunque su amiga Lisa, que vivía en la puerta de al lado, estaría pendiente de ella. Con Lisa y sus padres cerca no podía ocurrir nada demasiado grave, ¿verdad?

—¿Pronto?

Robin parecía distinto, como si de repente la hubiese tomado más en serio. Ella se preguntaba qué estaría pensando.

—Supongo.

Un par de fumadores salieron de la entrada del edificio. Encendieron sus cigarrillos.

Tess miró su reloj. No tenía ganas de volver a su mesa y a las quejas. Y también se sentía tentada por aquel novedoso tono serio de Robin.

—¿Hay algún modo de que...?

Ella dejó las palabras en el aire. Si tu amante está casado, no puede marcharse contigo —no sin una abundante cantidad de planes y mentiras—. Ella lo sabía. Si tu amante está casado, no puedes compartir tu vida con él. Él ya comparte su vida —con otra persona—. Él nunca es tuyo —ni siquiera en esos momentos breves y excitantes en los que tú piensas que lo es—. Y si piensas que no es así, te estás engañando a ti misma. ¿Verdad?

—Tal vez lo haya —dijo Robin—. Tal vez pueda ir contigo. El corazón de Tess dio un brinco.

—Eso sería perfecto —dijo ella.

No pudo evitar que la emoción se le notara en la voz y uno de los fumadores la miró con curiosidad. Ella se dio la vuelta, mirando a los arbustos de hortensias.

—Sencillamente perfecto. Una villa en Sicilia, Robin. Imagínatelo. Verla contigo sería tan especial...

«Cuidado, Tess, estás muy efusiva». Las amantes deben permanecer frías en todo momento. Ese era el trato. Sin embargo...

—Sería fabuloso, cielo. —La voz de Robin volvía a bajar—. No hay nada que desee más.

Tess esperaba un pero. No llegó.

—Entonces, ¿podrías?

Contuvo la respiración.

Ella no se había enamorado de él a propósito. Se vieron por primera vez en la cafetería de la plaza, donde el café era fuerte y las pastas estaban de muerte. Se había fijado en él porque era atractivo —sí bien, para su gusto, tenía un punto conservador en su forma de vestir— y porque su voz, cuando hablaba a la camarera, era grave y sensual. Pero ella no estaba dispuesta a tener una relación. Era una mujer independiente con una hija de la que cuidar y Ginny era su principal prioridad; siempre lo había sido. Tess era la única progenitora que tenía. Tess había visto a sus amigos intentar introducir a un nuevo hombre en su ecuación de madre soltera con hija y había sido testigo de lo imposible que resultaba lidiar con las peticiones de todos. Cuando Ginny se fuese de casa... bueno, tal vez. Hasta ese momento, Tess había tenido citas y amigos. Pero ¿relaciones serias...? No, gracias.

Aun así, dos veces por semana ella iba a la cafetería de la plaza para almorzar y parecía que él también lo hacía. Ella siempre tenía un libro. Él, un periódico. En dos ocasiones lo

sorprendió mirándola cuando se suponía que estaba leyendo. En una, él sonrió.

Un día no había mesas libres y él apareció ante ella con un capuchino, un *panini* y una sonrisa de disculpa.

—¿Le importaría? No la interrumpiré.

Aunque lo hizo. Al poco tiempo estaban intercambiando historias del trabajo —él trabajaba en la empresa financiera que había dos edificios más allá— y hablando de cualquier cosa que apareciera en las noticias. Él no mencionó a su esposa, no entonces. Pero sugirió que volvieran a encontrarse a la hora del almuerzo en el *pub* que se encontraba más abajo, en esa misma calle, el viernes siguiente. «¿Por qué no?», pensó Tess. Ella había disfrutado de su compañía. Y sólo era el almuerzo.

Después de aquello, él le propuso ir a tomar una copa una noche después de trabajar y, después de la copa, la besó. Un tiempo más tarde, después de que ella hubiese cocinado para él —pollo con pistachos, por algo era hija de su madre— y de que él la hubiese seducido en el sofá (Ginny se quedaba con una amiga), le contó que estaba casado.

Para entonces, ella ya se había enamorado de él. Él, de algún modo, se había acercado a ella sin darse cuenta. Y era un tópico muy viejo, pero ella no podía dar marcha atrás aunque quisiera.

Tess vio a los fumadores tirar al suelo las colillas de sus cigarrillos y apagarlas con el pie. Todavía charlando, desaparecieron a través de las puertas batientes de cristal. Tess quitó un poco de agua que había en una incipiente hortensia con la punta del dedo. Había llovido, una explosión repentina, una ducha desenfrenada que terminó casi antes de que hubiese empezado; un enjuague del cielo, pareció. Volvió a mirar su reloj. Debería

entrar. Pero algo le dijo que aquel momento podía ser el que había estado esperando.

—¿Por qué no? ¿Por qué no ir a Sicilia contigo? —dijo él de nuevo.

Tess contuvo la respiración.

Sonreía como una idiota mientras se abría paso dentro del edificio y entraba de un salto en el ascensor. De verdad iba a pasar. Le habían dejado en herencia una villa en Sicilia. Y allí iba a ir ella. Con Robin. Su sonrisa se desvaneció cuando sonó el timbre del ascensor y la puerta comenzó a abrirse. Ahora sólo tenía que darle la noticia a Muma...